

—¿Veis aquellos árboles cuyas hojas están medio secas?

—Sí.

—¿Veis qué mustios están?

—Sí.

—Pues bien, todo eso es obra de esos aldeanos cuyas simpatías creéis haber conseguido dispensándoles favores.

Y á continuación, Blondet contó al general las aventuras de la mañana.

El general estaba tan pálido que asustó á Blondet.

—Vamos, jurad, desahogaos, encolerizaos, haced lo que queráis, porque el esfuerzo que estáis haciendo podría hacer más daño que la cólera.

—No, me voy á fumar, dijo el conde encaminándose hacia el kiosco.

Durante el almuerzo, Michaud se presentó sin haber podido encontrar á nadie; Sibilet, llamado por el conde, compareció también.

—Señor Sibilet, y vos, señor Michaud, haced saber, con prudencia, en el país, que doy mil francos á aquel que me ayude á coger en flagrante delito á los que matan de esta manera mis árboles. Es preciso conocer la herramienta con que se sirven y dónde la han comprado, pues tengo mi plan.

—Esas gentes no se venden nunca, dijo Sibilet, cuando hay crímenes cometidos en provecho suyo y premeditados; pues no se puede negar que esta invención diabólica haya sido reflexionada, combinada...

—Sí, pero mil francos son para ellos una ó dos fanegas de tierra.

—Lo intentaremos, dijo Sibilet; con mil quinientos francos respondo de encontrar un traidor, sobre todo, si se le guarda el secreto.

—Pues hagamos como si no supiésemos nada, yo sobre todo; más vale que seáis vos quien se ha apercibido de eso sin saberlo yo; de otro modo seríamos víctimas de alguna combinación. Es preciso desconfiar más de esos bandidos que del enemigo en tiempo de guerra.

—Pero ¡si es el enemigo! dijo Blondet.

Sibilet miró de soslayo á Blondet como hombre que comprende la intención de la palabra, y salió.

—No me gusta vuestro Sibilet, repuso Blondet cuando le vió salir, es un hombre muy falso.

—Por ahora no hay nada que decir de él, respondió el

general. Blondet se retiró para ir á escribir unas cartas. Había perdido la indiferente alegría de su primera permanencia, estaba inquieto y preocupado; esto no era debido á presentimientos, como sucedía en la señora Michaud, sino más bien á una espera de desgracias previstas y ciertas, y se decía:

—Esto acabará mal; y, si el general no toma un partido decisivo y no abandona un campo de batalla donde será aplastado por el número, habrá muchas víctimas; y ¿quién sabe hasta si podrán salir bien librados él y su mujer? ¡Dios mío! ¡exponer así á esa criatura tan adorable, tan abnegada, tan perfecta!... ¡Y cree amarla! Pues bien, participaré de sus peligros, y, si no puedo salvarlos, pereceré con ellos.

CAPÍTULO VIII

VIRTUDES CAMPESTRES

Por la noche, Maria Tonsard estaba en la carretera de Soulanges, sentada al margen de un puentecillo del camino, esperando á Bonnebault, que, siguiendo su costumbre, había pasado el día en el café. Le vió de lejos, y su paso le indicó que estaba borracho y que había perdido, pues cuando ganaba venía cantando.

—¿Eres tú, Bonnebault?

—Sí, pequeña...

—¿Qué te pasa?

—Debo veinticinco francos, y me podrían muy bien torcer el cuello veinticinco veces antes de que los encuentre.

—Pues bien, nosotros podríamos tener quinientos, le dijo ella al oído.

—¡Oh! pero para eso es necesario matar á alguien, y yo quiero vivir...

—¡Ca! no, hombre, no; nos los da Vaudoyer, nada más que con que hagamos de modo que cojan á tu madre cortando algún árbol.

—Prefiero matar á un hombre que vender á mi madre. Tú tienes abuela, la Tonsard, ¿por qué no la entregas?

—Si yo lo intentara, mi padre se enfadaria y descubriría la farsa.

—Es verdad; es igual, mi madre no irá á la cárcel; ¡pobre vieja! ella que me cuece el pan, que me proporciona ropa, sin que yo pueda saber cómo se arregla... ¿Ir á la cárcel... y por mí? sería necesario que yo no tuviera ni corazón ni entrañas, no, no. Y para que no la vendan, voy á decirla esta noche que no sierre más árboles.

—Pues bien, mi padre hará lo que le parezca, yo le diré que hay quinientos francos á ganar, y él preguntará á mi abuela si quiere. El caso es que no querrán meter á una mujer de setenta años en la cárcel. Después de todo, estaria mejor que en su granero...

—¡Quinientos francos! Yo hablaré á mi madre, dijo Bonnebault; en realidad, si ella se prestase á que yo los gane, le daría alguna cosa para vivir en la cárcel; en ella, hilaria, se divertiría, estaria bien alimentada, bien abrigada, y tendria menos quebraderos de cabeza que en Conches. Hasta mañana, pequeña... No tengo tiempo para hablar contigo.

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, hora en que amanecía, Bonnebault y su madre llamaban á la puerta de la Grande-I-Verde, en donde la anciana Tonsard era la única que estaba levantada.

—¡Marial el negocio está arreglado.

—¿Es el negocio de ayer de los árboles? dijo la vieja Tonsard. Todo está arreglado; yo me presto á ello.

—¡Esto sí que es bueno! después que el señor Rigou le había prometido á mi chico venderle una fanega de tierra por ese precio...

Las dos viejas se disputaban quién de las dos había de ser vendida por sus hijos. Al ruido de la querrela se despertó la gente de la casa. Tonsard y Bonnebault tomaron cada uno el partido de sus madres respectivas.

—Echad á la paja, dijo la mujer de Tonsard.

La paja más larga decidió la cuestión en favor de la taberna. Tres días después, al amanecer, los gendarmes se llevaron del fondo del bosque de la Ville-aux-Fayes á la vieja Tonsard, sorprendida en flagrante delito por el guarda general y sus ayudantes, y por el guarda campestre, con una mala lima que servía para estropear los árboles y una barrena con la que formaban aquellos agujeros circulares parecidos á los que hacen los insectos. Se hizo constar, en

el proceso verbal, la existencia de esta pérvida operación en sesenta árboles, en un radio de quinientos pasos. La vieja Tonsard fué trasladada á Auxerre; el caso pertenecía á la jurisdicción de la audiencia.

Cuando Michaud vió al pie del árbol á la vieja Tonsard, no pudo menos de decirse:

—Y ¿esta es la gente á quien favorecen los señores condes? Por mi parte, si la señora me escuchase, no daría dote á la pequeña Tonsard, que es aun peor que su abuela...

La vieja levantó los ojos hacia Michaud y le dirigió una mirada impregnada de odio. En efecto, en cuanto tuvo conocimiento de quién era el autor de este crimen, el conde prohibió á su esposa que diese un céntimo á Catalina Tonsard.

—El señor conde hará tanto mejor, dijo Sibilet, por cuanto que yo he sabido que Godain compró su campo tres días antes de que Catalina hubiese venido á hablar á la señora. Así, pues, esas gentes habían contado con el efecto de esta escena y con la compasión de la señora. Es muy capaz, Catalina, de haberse puesto en el caso en que está para tener un motivo para obtener la suma, puesto que Godain no se ha metido para nada en el negocio...

—¡Qué gente! dijo Blondet, los malos sujetos de París son santos á su lado.

—¡Ah! señor, dijo Sibilet, el interés hace cometer barbaridades en todas partes. ¿Sabéis quién ha traicionado á la Tonsard?

—No.

—Su nieta María; estaba celosa del casamiento de su hermana, y, por establecerse...

—¡Es horroroso! dijo el conde; pero ¿esta gente asesinaría...?

—¡Oh! dijo Sibilet, por poca cosa; ¡tienen en tan poco la vida, esas gentes! se aburren de trabajar siempre. ¡Oh! señor, ocurren en el interior de los campos cosas más atroces que en París; pero vos no las creeríais.

—¡Sed, pues, bueno y generoso! dijo la condesa.

La noche del arresto, Bonnebault fué á la taberna de la Grande-I-Verde, donde toda la familia Tonsard estaba de jolgorio.

—Sí, sí, divertíos, acabo de saber por Vaudoyer que, para castigaros, la condesa retira los mil francos prometi-

dos á la Godain, pues su marido no quiere que los dé.

—Ese pillo de Michaud es el que le ha aconsejado, dijo Tonsard; mi madre lo ha oído, y me lo ha dicho en la Ville-aux-Fayes, cuando he ido á llevarla dinero y á arreglar sus asuntos. Bueno, que no los dé; nuestros quinientos francos ayudarán á la Godain á pagar el terreno, y Godain y yo nos vengaremos de eso... ¡Ah! ¡Michaud se mete en nuestros asuntillos! más perderá que ganará en ello... ¿Qué le importa á él? es lo que yo pregunto. ¿Pasa eso en sus bosques? Él es, pues, el autor de todo este alboroto... como también á sido él el que descubrió á mi madre el día que le cortó la respiración á un perro. ¿Y si yo me metiera en los asuntos del castillo? ¿si yo dijese al general que su mujer se pasea por la mañana por el bosque con un joven, sin temor al rocío; es necesario tener pies calientes para eso...

—El general, el general, dijo Piernacorta, con él haríamos todo lo que quisiéramos; ¡pero es Michaud el que le calienta los cascos!... ¡Es un embrollón!... que no sabe cumplir con su obligación; en mi tiempo eso iba de otra manera.

—¡Oh! dijo Tonsard, entonces era buen tiempo para todos... ¿verdad, Vaudooyer?

—El hecho es, respondió éste, que si Michaud no estuviera, estaríamos tranquilos.

—Ya hemos hablado bastante, dijo Tonsard; hablaremos de eso más tarde, á la luz de la luna, en pleno campo.

Al terminar el mes de octubre, la condesa partió y dejó en los Aigues al general, que no debía unirse á ella hasta mucho más tarde; ella no quería perder la primera representación en el teatro de los Italianos; además, se encontró sola y aburrida, pues no tenía ya á Emilio, que la ayudaba á pasar los momentos en que el general corría por el campo ocupándose de sus asuntos.

Noviembre fué un verdadero mes de invierno, obscuro, húmedo, y abundante en frío, hielo, nieve y lluvia. El proceso de la vieja Tonsard hizo necesario el viaje de los testigos, y Michaud había ido á declarar. El señor Rigou se había interesado por la vieja, y le había dado un abogado que la apoyó, para su defensa, en que sólo declaraban testigos interesados y había ausencia de todo testigo de descargo; pero las declaraciones de Michaud y de sus guardas, corroboradas por las del guarda campestre y dos gendarmes,

decidieron la cuestión; la madre de Tonsard fué condenada á cinco años de prisión, y el abogado dijo á Tonsard hijo:

—La declaración de Michaud es la que ha hecho que la condenen.

CAPÍTULO IX

LA CATÁSTROFE

Un sábado por la noche, Piernacorta, Bonnebault, Godain, Tonsard, sus hijas, su mujer, el padre Fourchon, Vaudooyer y varios obreros estaban cenando en la taberna; había una media claridad de luna y caía una de esas heladas que ponen la tierra seca; la primera nieve se había derretido; así es que los pasos de un hombre por el campo no dejaban huella alguna de esos que pueden servir para descubrir un delito, ó dar indicios de él, en los casos graves. Comían un guiso de liebres cogidas con lazo; reían, bebían; era el día siguiente á las bodas de la Godain, á quien tenían que acompañar á su casa. Ésta no estaba lejos de la de Piernacorta.

Cuando Rigou vendía una fanega de tierra, es porque estaba aislada y próxima al bosque. Piernacorta y Vaudooyer llevaban sus escopetas para acompañar á la recién casada; todo el país dormía, no se veía ni una sola luz. Sólo aquella boda estaba despierta y alborotaba de lo lindo. En este momento entró la vieja Bonnebault, y todos la miraron.

—La mujer parece que va á parir, dijo al oído de Tonsard y de su hijo. Acaba de ensillar su caballo y va á buscar al doctor Gourdon, de Soulanges.

—Sentaos, madre, le dijo Tonsard, cediéndole su puesto y yendo á tumbarse sobre un banco.

En este momento se oyó el ruido de un caballo al galope que pasó rápidamente por el camino. Tonsard, Piernacorta y Vaudooyer salieron bruscamente y vieron á Michaud que iba por la aldea.

—¡Cómo sabe lo que se hace! dijo Piernacorta; ha bajado para ir por Blangy y tomar el camino, porque es más seguro...

—Sí, dijo Tonsard; pero volverá con el señor Gourdon.

—Es fácil que no lo encuentre, dijo Piernacorta; lo esperaban en Conches para la gente que llega á esta hora en la posta.

—Pero entonces iré por la carretera de Soulanges á Conches, y este es el camino más corto.

—Y es el más seguro para nosotros, dijo Piernacorta; en este momento hay una hermosa luna; en la carretera no hay guardas como en los bosques, se oye de lejos; y, desde los pabellones, detrás de los setos, en el sitio en que se unen con el bosquecito, se le puede apuntar á un hombre por detrás como si fuese un conejo, á quinientos pasos...

—Serán las once y media cuando pase por allí, dijo Tonsard; echará media hora para ir á Soulanges y otra media para volver... ¡Ah! ¡caramba! si el señor Gourdon estuviere en la carretera...

—No te apures por eso, dijo Piernacorta, yo estaré á diez minutos de ti, en la carretera y á la derecha de Blangy, yendo hacia Soulanges; Vaudoyer estará á otros diez minutos yendo hacia Conches, y, si viene alguien, un coche, la balija, los gendarmes, en fin, cualquiera, soltaremos un tiro, pero un tiro sordo.

—¿Y si yerro el tiro?

—Tiene razón, dijo Piernacorta; yo soy mejor tirador que tú; Vaudoyer, yo iré contigo. Bonnebault me reemplazará, dará un grito; eso se oye mejor y es menos sospechoso.

Los tres entraron, la boda continuó; únicamente que á las once, Vaudoyer, Piernacorta, Tonsard y Bonnebault salieron con sus escopetas, sin que ninguna de las mujeres se fijase en ellos. Por otra parte, volvieron tres cuartos de hora después y se pusieron á beber hasta la una de la mañana. Las dos hijas de Tonsard, su madre y la Bonnebault, habían hecho beber tanto al molinero, á los obreros y á los dos aldeanos, lo mismo que á Fourchon, padre de la Tonsard, que estaban tumbados en el suelo, y roncaban cuando los cuatro convidados partieron; á su vuelta, despertaron á los dormidores, que encontraron á cada uno en su sitio.

Mientras que esta orgía seguía adelante, la casa de Michaud sufría mortales angustias. Olimpia había tenido falsos dolores, y su marido, creyendo que iba á dar á luz, había marchado á toda prisa y en el acto para ir á buscar

al médico. Pero los dolores de la pobre mujer se calmaron tan pronto como Michaud estuvo fuera, pues su ánimo se preocupó de tal modo con los peligros que podía correr su marido á aquella hora avanzada en un país enemigo y lleno de pillos, que aquella angustia del alma fué bastante para amortiguar y dominar, momentáneamente, los sufrimientos físicos. En vano le dijo su criada que sus temores eran imaginarios, pues parecía no comprenderla y permanecía en su cuarto, en un rincón del fuego, prestando atento oído á todos los ruidos exteriores; y, en su terror, que crecía por segundos, había hecho levantar á su criado con intención de darle una orden que no acabó de dársela. La pobre mujercita iba y venía presa de una agitación febril; miraba por las ventanas, las abría á pesar del frío, bajaba, abría la puerta del patio, miraba á lo lejos, escuchaba...

—¡Nada... siempre nada! decía.

Y subía desesperada.

A las doce y cuarto próximamente, exclamó:

—¡Aquí está, ya oigo su caballo!

Y bajó, seguida del criado, que se disponía á abrir la reja.

—Es raro, dijo ella, vuelve por el bosque de Conches.

Después quedó helada de horror, inmóvil, sin voz. El criado participó de aquel espanto, pues había en el galope del caballo y en el choque de los estribos vacíos que sonaban no un sé qué de desordenado, acompañado de aquellos relinchos significativos que sueltan los caballos cuando están solos. Bien pronto, demasiado pronto para la desgraciada mujer, el caballo llegó á la reja, jadeante y empapado en sudor, pero solo; había roto las bridas, en las cuales se había enredado sin duda. Olimpia miró á su criado abrir la reja con ojos extraviados; vió el caballo, y, sin decir palabra, empezó á correr hacia el castillo como una loca; llegó allí y cayó bajo las ventanas del general, gritando:

—¡Señor, lo han asesinado!...

Este grito fué tan terrible que despertó al conde, quien llamó é hizo poner en pie á toda la casa; los gemidos de la señora de Michaud, que daba á luz, en tierra, á un niño muerto, atrajeron al general y á sus criados. Levantaron á la pobre mujer muribunda, que expiró, diciendo al general:

—¡Lo han matado!

—¡José! gritó el conde á su ayuda de cámara, corred á buscar al médico, acaso haya alguna esperanza... Pero no,

id más bien á buscar al cura, porque esta pobre mujer está ya muerta y su hijo también... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué suerte que mi mujer no esté aquí!... Y vos, le dijo al jardinero, id á ver lo que ha ocurrido.

—Ha ocurrido, dijo el criado de Michaud, que el caballo del señor acaba de llegar solo, con las bridas rotas y las piernas ensangrentadas... Tiene también una mancha de sangre en la silla.

—¿Qué hacer á estas horas? dijo el conde. Id á despertar á Groison, llamad á los guardas, ensillad los caballos, y vamos á batir el campo.

Al amanecer, ocho personas, á saber: el conde, Groison, los tres guardas y dos gendarmes, llegados de Soulanges con el cabo, exploraron los alrededores. A la mitad de la jornada acabaron por encontrar el cuerpo del guarda general en una espesura del bosque, entre la carretera y el camino de la Ville-aux-Fayes, al extremo del parque de los Aigues, á quinientos pasos de la reja de Conches. Dos gendarmes salieron, el uno para la Ville-aux-Fayes, á buscar al procurador del rey, y el otro para Soulanges á buscar al juez de paz. Entretanto, el general empezó á hacer indagaciones, ayudado por el cabo de gendarmes. Encontraron en el camino las pisadas de un caballo que se había encabritado y las vigorosas huellas del galope de otro caballo asustado, que llegaban hasta el primer sendero del bosque. Como el caballo no tenía quien lo guiase, había tomado este camino; el sombrero de Michaud fué encontrado en este sendero. Para volverse á la cuadra, el caballo había tomado el camino más corto; Michaud había recibido un balazo en la espalda que le había roto la columna vertebral.

Groison y el cabo de gendarmes estudiaron, con notable sagacidad, el terreno en que se veían las marcas del encabritamiento del caballo, que indicaban lo que se llama, en términos judiciales, teatro del crimen, y no pudieron descubrir ningún indicio. La tierra estaba demasiado helada para conservar las marcas de las pisadas de aquel que había matado á Michaud; únicamente encontraron el taco de un cartucho. Cuando el procurador del rey, el juez de instrucción y el señor Gourdon llegaron para levantar el cadáver y hacer la autopsia, quedó sentado que la bala, que era del mismo calibre que acusaba el taco, era una bala de fusil de munición, descargada con la misma clase de arma, y sin

embargo, no existía una arma de esta clase en toda la comarca de Blangy. Reunidos por la noche en el castillo el juez de instrucción y el señor Soudry, procurador del rey, acordaron reunir los elementos de instrucción y esperar. Esta fué también la opinión del cabo y del teniente de la gendarmería de la Ville-aux-Fayes.

—Indudablemente, este es un golpe acordado entre la gente del país, dijo el cabo; pero hay dos ayuntamientos, Conches y Blangy, y en ambos hay cinco ó seis personas capaces de haberlo dado. El que más sospechas me infunde, que es Tonsard, ha pasado la noche de borrachera; pero vuestro sustituto en la alcaldía, mi general, estaba en la boda; Langlumé, vuestro molinero, no se ha separado de ellos en toda la noche; estaban borrachos como cubas; han acompañado á los recién casados á eso de la una y media, y la llegada del caballo prueba que Michaud ha sido asesinado entre once y doce. A las diez y cuarto, Groison ha visto á todos los de la boda sentados á la mesa, y el señor Michaud ha pasado por allí para ir á Soulanges, y llegó á este punto á las once. Su caballo se ha encabritado delante de los dos pabellones; pero él pudo haber sido herido antes de Blangy y haberse sostenido durante algún tiempo. Hay que firmar la sentencia de arresto de veinte personas lo menos, hay que prender á todos los sospechosos; pero estos señores ya conocen, como yo, á los aldeanos; aunque los tengáis un año en la cárcel no obtendréis más que denegaciones. ¿Qué queréis hacer con los que estaban en casa de Tonsard?

Fué llamado á declarar Langlumé, el molinero y sustituto del general Montcornet, y contó lo que habían hecho por la noche: estaban todos en la taberna; sólo habían salido un momento al corral... Él mismo había estado fuera con Tonsard, á eso de las once y media; habían hablado de la luna y del tiempo y no habían oído nada. Enumeró á todos los convidados; ninguno había salido de la taberna. A las dos habían acompañado todos á los recién casados á su casa.

El general, de acuerdo con el cabo y con el teniente de la gendarmería y con el procurador del rey, convinieron en traer de París un hábil policía de la secreta, el cual entraría en el castillo como obrero y se fingiría haber sido despedido por portarse mal; bebería, pasaría á ser un asiduo parroquiano de la Grande-I-Verde, y permanecería en el

país como enemigo del general. Este era el mejor modo para coger al vuelo alguna indiscreción y aprovecharse de ella.

—¡Descubriré al asesino de mi pobre Michaud, aunque para ello tenga que gastar treinta mil francos!... repetía sin cesar el coronel Montcornet.

Se marchó á París con esta idea y volvió en el mes de enero, con uno de los acólitos más astutos del jefe de policía de seguridad, el cual, habiéndose instalado, según se decía, para los trabajos interiores del castillo, cazaba furtivamente. En su consecuencia, lo encausaron, y el general lo puso á la puerta, y se volvió á París en el mes de febrero.

CAPÍTULO X

EL TRIUNFO DE LOS VENCIDOS

En el mes de mayo, cuando volvió el buen tiempo, una noche, el señor de Troisville, traído á los Aigues por su hija, Blondet, el abate Brossette, el general y el subprefecto de la Ville-aux-Fayes, que estaba de visita en el castillo, jugaban los unos al whist y los otros al ajedrez; eran las once y media. José fué á decirle á su amo que aquel mal obrero despedido quería hablarle; decía que el general le debía aún parte de su salario. Según decía el ayuda de cámara, estaba completamente borracho.

—Está bien, allá voy.

Y el general se fué al prado, situado á alguna distancia del castillo.

—Señor conde, dijo el agente de policía, nunca se sacará nada de esta gente; todo lo que yo he podido sacar en limpio, es que si continuáis permaneciendo en el país y pretendiendo que los habitantes renuncien á las costumbres que la señorita Laguerre les ha dejado tomar, también vos os ganaréis algún tiro... Por otra parte, nada tengo que hacer aquí, pues desconfían más de mí que de vuestros guardas.

El conde pagó al espía, que partió, y cuya partida justificó las sospechas de los cómplices de la muerte de Michaud. Pero cuando volvió al salón á unirse con su familia y con

sus huéspedes, llevaba en su rostro las huellas de una emoción tan viva y tan profunda, que su mujer, inquieta, le preguntó qué era lo que acababa de saber.

—Querida mía, no quisiera asustarte, y sin embargo, bueno es que sepas que la muerte de Michaud es un aviso indirecto que nos dan para que abandonemos el país...

—Yo, dijo el señor de Troisville, no lo abandonaría; he tenido dificultades análogas, aunque en otra forma, en Normandía, y he persistido; ahora todo va bien.

—Señor marqués, dijo el subprefecto, Normandía y Borgoña son dos países muy diferentes. Los frutos de la vid creían la sangre más caliente que los del manzano. Nosotros no conocemos tan bien las leyes y los procedimientos, y estamos rodeados de bosques; la industria aun no ha llegado hasta nosotros; somos salvajes... Si el señor conde quiere seguir mi consejo, venda su tierra y coloque su importe á interés; doblará la renta y no tendrá quebraderos de cabeza; si le gusta el campo, podrá adquirir en los alrededores de París un palacio con un parque cercado por muros, tan hermoso como el de los Aigues, en donde nadie entrará y que no tendrá más que cortijos, alquilados á gente que irá en cabriolé á pagarle en billetes de banco, y no tendrá en todo el año ni un solo juicio verbal... Irá y volverá en tres ó cuatro horas, y el señor Blondet, y el señor marqués estarán allí con más frecuencia, la señora condesa...

—¡Yo recular ante los aldeanos, cuando no he reculado en el Danubio!

—Sí; pero ¿en dónde están vuestros coraceros? preguntó Blondet.

—¡Una tierra tan hermosa!

—¡Siempre os darán por ella más de dos millones!

—El castillo solamente ha debido costarlos, dijo el señor de Troisville.

—¡Una de las propiedades más hermosas que hay en veinte leguas á la redonda! dijo el subprefecto; pero la encontraréis mejor en los alrededores de París.

—¿Qué renta producen dos millones? preguntó la condesa.

—Hoy, unos ochenta mil francos, respondió Blondet.

—En conjunto, los Aigues no dan más de treinta mil francos, dijo la condesa; y aun estos años habéis hecho enormes gastos, rodeando de fosos los bosques...

—Por ochenta mil francos se tiene hoy un palacio real en los alrededores de París. Se compra alguna de las locuras de los demás.

—Yo creía que teníais mucho apego á los Aigues, dijo el conde á su mujer:

—¿No comprendéis que tengo veinte mil veces más apego á vuestra existencia? dijo ella. Por otra parte, desde la muerte de mi pobre Olimpia, desde el asesinato de Michaud, este país se me ha hecho odioso, todas las caras que veo me parecen armadas de una expresión siniestra ó amenazadora.

Al día siguiente, por la noche, en el salón del señor Gaubertin, en la Ville-aux-Fayes, el subprefecto fué acogido con esta frase del alcalde:

—Y bien, señor de Lupeaulx, ¿venís de los Aigues?

—Sí, respondió el subprefecto con cierto aire de triunfo y dirigiendo una mirada á la señorita Elisa; mucho temo perder al general; va á poner en venta sus tierras...

—Señor Gaubertin, os recomiendo mi pabellón... Ya no puedo resistir más este ruido y este polvo de la Ville-aux-Fayes; como un pobre pájaro enjaulado, aspiro de lejos el aire de los campos y de los bosques, dijo la señora Isaura con su voz lánguida, los ojos medio cerrados, inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo, y retorciendo negligentemente los largos rizos de su rubia cabellera.

—¿Queréis ser prudente, señora?... le dijo en voz baja Gaubertin; seguramente que no compraré el pabellón con vuestras indiscreciones.

Después, volviéndose hacia el subprefecto, le preguntó:

—¿No se ha podido aún descubrir á los autores del asesinato cometido en la persona del guarda?

—Parece que no, respondió el subprefecto.

—Eso perjudicará mucho la venta de los Aigues, dijo Gaubertin delante de todos; yo, por mi parte, declaro que no los compraría... La gente del país es demasiado malvada; hasta en tiempo de la señorita Laguerre tenía que disputar con ellos, y, sin embargo, Dios sabe lo que ella les consentía.

A fines de mayo nada anunciaba que el general tuviese intención de poner en venta los Aigues: estaba indeciso. Una noche, á eso de las diez, entraba en el bosque por una de las seis avenidas que conducían al pabellón de la Cita, y había ordenado á su guarda que se retirase, pues estaba ya

bastante cerca del castillo. Al torcer una de las vueltas de la avenida, un hombre, armado de un fusil, salió de un matorral.

—General, le dijo, esta es la tercera vez que os encontráis delante del cañón de mi escopeta, y esta es también la tercera vez que os perdono la vida.

—Y ¿por qué quieres matarme, Bonnebault? dijo el conde sin dar muestras de la menor emoción.

—¿Qué diablo! si no fuese yo, sería otro; y yo, si he de deciros la verdad, amo á la gente que ha servido al emperador, y no puedo decidirme á mataros como á una perdiz. No me preguntéis nada, pues no quiero decir nada... Tenéis enemigos más poderosos y más astutos que vos y que acabarán por aplastaros. Si os mato percibiré mil escudos y me casaré con María Tonsard. Pues bien, dadme algunas malas fanegas de tierra y una mala barraca, continuaré diciendo lo que he dicho, que no he encontrado ocasión... Tendréis tiempo para vender vuestras tierras y marcharos; pero daos prisa. A pesar de lo malo que soy, aun soy un buen muchacho; otro cualquiera podría haceros más daño.

—Y ¿si te doy lo que me pides, me dirás quién te ha prometido los tres mil francos? preguntó el general.

—No lo sé; y la persona que me insta á hacerlo la amo demasiado para que os la nombre. Y después de todo, aun que supieseis que es María Tonsard, no adelantaría gran cosa; María Tonsard será muda como una tapia, y yo negaré que os lo he dicho.

—Ven á verme mañana, dijo el general.

—Con eso basta, dijo Bonnebault; si descubren mi traición, os lo advertiré.

Ocho días después de esta singular conversación, todo el distrito, todo el departamento de París, estaban poblados de enormes carteles anunciando la venta de los Aigues por lotes, en el estudio de maese Corbineau, notario de Soulanges. Todos los lotes fueron adjudicados á Rigou, y ascendieron á la suma total de dos millones ciento cincuenta mil francos. Al día siguiente, Rigou hizo cambiar los nombres; Gaubertin tenía los bosques, y Rigou y los Soudry las viñas y los demás lotes. El castillo y el parque volvieron á ser vendidos á la banda negra, excepto el pabellón y sus dependencias, que se reservó el señor Gaubertin para rendir homenaje á su poética y sentimental compañera.

Muchos años después de ocurridos estos acontecimientos, durante el invierno de 1837, uno de los escritores políticos más notables de su tiempo, Emilio Blondet, llegaba al último grado de la miseria, que él había ocultado bajo las apariencias de una vida de esplendor y de elegancia. Dudaba si tomar un partido desesperado, viendo que sus trabajos, su talento, su saber, su conocimiento de los negocios, no le habían llevado más que á funcionar como una máquina en provecho de los demás, viendo todos los cargos ocupados, sintiéndose ya próximo á la edad madura, sin consideración y sin fortuna, percibiendo á necios y estúpidos ricachos que reemplazaban á los cortesanos y á los incapaces de la Restauración, y que el gobierno se reconstituía como estaba antes de 1830. Una noche en que estaba muy próximo al suicidio, que tanto había perseguido con sus chanzas, y en que, dirigiendo una última mirada retrospectiva sobre su deplorable existencia, calumniada y cargada de trabajos, más bien que de las orgías que le reprochaban, veía una noble y hermosa figura de mujer, como si viese una estatua que hubiese permanecido entera y pura en medio de las ruinas más tristes, su portero le entregó una carta de luto, en que la condesa de Montcornet le anunciaba la muerte del general, que había vuelto al servicio y que mandaba una división. Era su heredera y no tenía hijos. La carta, aunque digna, le indicaba que la mujer de cuarenta años, á quien había amado de joven, le tendía una mano fraternal y una considerable fortuna. Hace algunos días que ha tenido lugar el casamiento de la señora de Montcornet y de Blondet, que ha sido nombrado prefecto. Para ir á tomar posesión de su prefectura, tomó la carretera en donde se encontraban en otro tiempo los Aigues, é hizo parar en el lugar que ocupaban antes los pabellones, queriendo visitar el ayuntamiento de Blangy, que tan dulces recuerdos encerraba para los dos viajeros. El país estaba desconocido. Los bosques misteriosos, las avenidas de los parques, todo estaba cambiado; el campo se parecía al muestrario de un sastre. El aldeano había tomado posesión del terreno, como vencedor y conquistador. Estaba ya dividido en más de mil lotes, y la población se había triplicado entre Conches y Blangy. La preparación para el cultivo de aquel hermoso parque, tan cuidado, tan voluptuoso en otro tiempo, había respetado el pabellón de

la Cita, convertido ahora en posesión del Buen Retiro, de doña Isaura de Gaubertin; éste era lo único que había quedado en pie y que dominaba el paisaje. Tan miserables eran las casitas construídas en los alrededores, semejantes á las que construyen los aldeanos, que esta edificación parecía un palacón.

—¡He aquí el progreso! exclamó Emilio. ¡Esta es una página del *Contrato Social* de Juan Jacobo! ¡Y yo estoy enganchado á la máquina social que funciona de este modo! ¡Dios mío! ¿Qué será de los reyes dentro de poco? Con este estado de cosas, ¿qué llegarán á ser las naciones dentro de cincuenta años?

—Me amas, estás á mi lado; el presente me parece hermoso y no me preocupa gran cosa un porvenir tan lejano, le respondió su mujer.

—A tu lado, ¡viva el presente! y váyase al diablo el porvenir, dijo alegremente el enamorado Blondet.

Después hizo seña al cochero de que arreease, y, mientras los caballos se lanzaban al galope, los recién casados reanudaron el curso de su luna de miel.

1845

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA "ALFREDO V. VILLAR"
"ALFREDO V. VILLAR"
MEXICO, MEXICO

Se debe creer al autor de los *Aldeanos* bastante instruido de las cosas de su tiempo para que sepa que no había coraceros en la guardia imperial. Se toma aquí la libertad de advertir que tiene en su despacho los uniformes de la República, del Imperio, de la Restauración, la colección de todos los trajes militares de los países que Francia ha tenido por aliados ó por adversarios, y demás obras que tratan de las guerras de 1792 á 1815, como acaso no posea ningún mariscal de Francia. Se sirve de la prensa para dar las gracias á las personas que le han hecho el honor de interesarse bastante por sus trabajos, para enviarle notas rectificadoras é informes.

Una vez para siempre, responde aquí que dichas inexactitudes son voluntarias y calculadas. Esto no es una escena de la vida militar, en que pueda decirse que el portapliegos no es prenda del uniforme del soldado de infantería. El tratar de la historia contemporánea, aunque sólo sea por medio de tipos imaginarios, no deja de ofrecer ciertos peligros. Únicamente sirviéndose de ficciones, de un cuadro cuyos detalles son minuciosamente verdaderos y desnaturalizando uno á uno los hechos por medio de colores que les son ajenos, es como se evita el pequeño inconveniente de las *personalidades*. Ya, en *Un asunto tenebroso*, aunque el hecho hubiese sido cambiado en sus detalles y pertenezca á la historia, el autor ha tenido que responder á absurdas observaciones basadas en la objeción de que no había habido más que un senador secuestrado, bajo el reinado del emperador. ¡Ya lo creo! ¡Acaso se hubiese coronado de flores al que hubiese secuestrado al segundo!

Ya que la inexactitud relativa á los coraceros es demasiado chocante, fácil era no hablar de la Guardia. Sí; pero la familia del ilustre general que mandaba la caballería rechazada hacia el Danubio, nos pediría entonces cuenta del millón cien mil francos que el emperador dejó tomar á Montcornet en Pomerania.

Muy pronto empezarán á rogarnos que digamos en qué geografía se encuentran la Ville-aux-Fayes, Avonne y Soulanges. Todos estos países y sus coraceros viven en el golfo inmenso en que están situados la torre de Ravenswood, las aguas de San Román, la tierra de Tillietudlem, Gandercleug, Lilliput, la abadía de Theleme, los consejeros privados de Hoffmann, la isla de Robinson Crusóe y las tierras de la familia Shandy, en un mundo exento de contribuciones y en donde la diligencia es pagada por aquellos que viajan á razón de veinte céntimos el cuaderno.

(Nota del autor)